

## Para volver a jugar con la memoria

Masiel Mateos Trujillo

Tercer premio *–ex aequo–*

*A la memoria de Raymundo Mateos Morán, zamorano/cubano y todos los españoles que un día, con sus sueños en la visión y unos cuantos duros en los bolsillos, emigraron a esta tierra para sembrar sus frutos.*

Estamos demasiado lejos y demasiado cerca para entender por qué existen las distancias, esos trayectos que nos hacen renunciar a un sitio para ampararnos en otros que, amén de lo ajeno, nos sujetan para siempre. La voz en off acompaña a las imágenes que aparecen en la pantalla de la sala. Los colores exhiben las piernas de la muchacha caminando entre la árida tierra. La toma de la cámara se va alejando a un plano general donde se ve la desolación, una casa en ruinas... La muchacha sube al carro y comienza el recorrido a mediana velocidad; por la ventanilla tira unas semillas de higos, el polvo que deja el carro las cubre. La imagen regresa a la casa en ruinas, el viento mueve unas tablas que son arrastradas hasta caer al lado de las semillas; el polvo cubre todo. Empieza a llover y las gotas de lluvia cubren el cristal de la cámara nublando la pantalla. Llega el final del cortometraje y el público aplaude. Javier de Borrásian escucha los aplausos, sabe que en cierto lugar, el éxito puede haber sido alcanzado con el dolor de muchas personas que ya no volverán ni a los higos ni a las cercas, ni a la pared de piedra en ruinas y mucho menos a la tierra. La voz en off acompaña las imágenes y la música. Quizás, sólo cuando el hombre reconoce que es inmortal decide remover su pasado y romper con todas las

cuerdas con las que aceptó estar sujeto. Javier disfruta del éxito, reconoce que la historia del vídeo emergió de las notas de Maralis Mateos, la nieta de Raymundo. El estreno sucederá en una semana de cine en el venidero 2012. Ahora, en este instante viajaremos por los apuntes, por toda la memoria escrita en una libreta. Apuntes que rescatarán un apellido del olvido y la indiferencia. La historia escrita de una joven que igualmente tuvo que emigrar para devolver un pasado al umbral donde naciera su familia en siglos anteriores. Para algunos emigrar es escapar, huir; para otros es su libertad; para mí es retornar al punto del nacimiento. Te invito a que conozcas la historia de mi emigrante, o mejor, de tantos emigrantes en su propio apellido, irse de España a morir a Cuba, venir de Cuba a terminar aquí, en Zamora, España. Te invito a ver cómo el hombre se vuelve unas semillas de higo que igual regresan a la heredad.

## EL DIARIO DE MARA

Estas notas que hoy escribo debieron nacer junto con mi juventud. Cuando empecé a preguntarme por qué cargaba con este acento que siempre manaba de mi garganta y que me ha traído por mote “la gallega” (a todos los españoles les llaman gallegos y a todos los americanos yanquis). Pero estaba prohibido entonces el pasado, un misterio por esas novelas de castillos y reyes, caballeros y religiosos en pugna por la búsqueda del bien. Por eso tantos cuentos se quedaron en la almohada esperando la hora del oportuno develar de la cajita de madera, donde tres fotos amarillas con las puntas desgastadas y la búsqueda de un rostro en el espejo que me hiciera reconocer el mío entregado por mi viejo. Pero todo comenzó este diciembre, cuando en la cena familiar, para despedir el año, me dispuse a comer unas aceitunas junto al vino tinto y en la botella decía “Sanabria, León de Castillas”.

“Esta es la tierra de tu abuelo”, dijo mi padre mirando la botella como si tuviera un paisaje en las manos, un rostro tratando de rescatar de la memoria. Vi sus cabellos canos despeinarse con una leve ráfaga de viento, con un olor a madera, como bellotas, vi tras él el gris y el frío, lo verde de un lugar que no conozco.

En Zamora, auténtica hija de la región de Castilla la Vieja<sup>1</sup>, en un lugar de la submeseta norte, de relieve escabroso, con días fríos y húmedos, en una casa de piedra y grandes vigas de abetos que sostenían la heredad de los Mateos, una vieja mujer daba fricciones de aceite. Pasaban una y otra vez las manos por el vientre de doña Flor; las manos dóciles e inequívocas de la matrona

<sup>1</sup> Históricamente la provincia de Zamora perteneció al reino de León, hoy está integrada en la Comunidad Autónoma de Castilla y León. (N.E.).

esperaban el grito que brotaría de entre los muslos. El viejo esperaba en el portón con el compadre. “¡Ah, Señor mío, qué salga fuerte!”, esa era la petición, el cirio otorgado con la fe de todos al santo. La comadre Severina traía compresas de paños tibios, los exprimía en la cuba de agua caliente. La matrona espera junto a la luz de los faroles. Nace Raymundo un día de abril entre cobertores de lana y olor de aceite. Era 1900, justo con el comienzo del siglo XX, en una ciudad rural donde se sentían los efectos de la restauración de la oligarquía. El pueblo se había abierto, como todos los pueblos alrededor de la “terminal” (*sic*) sin todavía tener la estabilidad de la vida pública; pero así nació el siglo, nació mi abuelo y nació el linaje de los Mateos. Fue testigo de tierras y mares de solvencias y penurias, de vegetaciones distintas y creó una familia a miles de kilómetros de su aldea. Mi familia, tan sencilla y común, que se disgrega su nombre entre tantos y tantos emigrantes de España en Cuba. Yo no conocí a mi abuelo, sólo una foto amarilla con bordes desgastados y este apellido que me abre la maleza entre la costa y me da la senda para que su alma vuelva a recoger los higos, ya secos, de sus sembrados.

El chico pendencia entre los riscos cristalinos, el cuarzo rebota el brillo del sol hasta sus dientes; es feliz en sus descalzos juegos. Los primos Juan y Adolfo intentan esconderse entre las hojas alternas de los higos. Raymundo cuenta hasta diez, mientras los primos se esconden una y otra vez entre los cantos de los riscos o los arbustos de escasas hojas. El juego termina con la cantinela del burrito y saltando uno sobre la espalda doblada del otro; cantan y juegan toda la inocencia de la primavera. “Arre potriquito, arre, arre, arre, arre portiquito que llegamos tarde”. Luego seguirán con sus piruetas esquivando los farallones<sup>2</sup>, escudriñando el verde que, colina abajo, espera para la siesta. “Uno, dos, tres, vamos a saltar que si no el burrito se atrás se quedará. Uno, dos, tres, vamos a saltar que si no el burrito se atrás se quedará, se quedará... se quedará”. Entre saltos y retozos sobre las espaldas, los niños han de deslizarse hasta la casa, recogiendo guijarros para inventar un pique<sup>3</sup>. “¡Eah, vamos a ver quién alcanza a dar más lejos!”, decía el primo de mi abuelo con la ingenua maldad de la pedrada en sus ojos negros. Los chicos terminaban tirándolas contra la alberca de los patos. Mi abuelo cada vez que tiraba una pedrada le pedía perdón a Dios, sus primos se reían, pero en la oración iba pensando en el castigo de la abuela por espantar a las patas de sus nidos y, de vez en cuando, romper algunos huevos. Así mi abuelo empezó a orar, implorando perdones por el juego, pero ese es un cuento para más tarde.

Por el camino de las peñas marchaba la caterva de muchachos. La mañana terminaba en arremeter contra los higos. El más de los chicos los arranca-

<sup>2</sup> Barrancos, despeñaderos. (N.E.).

<sup>3</sup> La autora se refiere, en este caso, a una competición. (N.E.).

ba para hacer con las hojas una cómplice maldad. Usaban la corteza verdosa y tierna de las ramas para atraer a los insectos y así empezar otro juego con los animalitos que cazaban. La malicia del juego radicaba en lanzar los animalitos con un impulso hacia las tías, para asustarlas y palpar el miedo en sus gritos. Los chicos corrían en la huida, mientras su carcajeo se escuchaba ante la algarabía y chillidos de Doña Esperanza, quien espantaba con el delantal a los bichos y con un bastón salía a reprender a los pequeños. Las oraciones de Doña Mercedes se escuchaban por todo el patio, al tiempo que recogía los regueros hechos por los chicos que viraron el balde de madera y ensuciaron sábanas, manteles y edredones.

La niñez era la eterna travesura, el perdón por tanta risa, que luego entenderían que era el ingenuo perder el tiempo, pero eran muy niños para pensar en eso; por ello seguirán sus travesuras hasta la hora de cenar. Antes, en los cuartos de baño, en las palanganas colmadas de agua tibia con el olor a espliego, caería el chorro de agua fría y perfumada sobre la espalda del muchacho, el termal desalojará el churre de los juegos, esa tierra impregnada en las uñas de los pies, en los dedos que ensuciaron las manzanas, las fundas y que aprehendieron insectos para asustar a las tías. Todo el juego se despega del cuerpo para desplomarse en la vasija, al punto, vaciarán con él todo retozo, ese virgen reír sin compromisos. La madre cepilla los pocos pelos del crío, somete los cabellos al destino del peine y en baja voz pide que Raymond sea un niño tranquilo. El niño escucha a la madre pedir y ruega con ella. Sabe que aún pueden jugar, pero le queda poco tiempo en sus años para el divertimento (*sic*). Está seguro de que algún día heredará la tierra. El sudor de sus viejos, un pequeño sembrado de higos, uvas y girasoles, una pequeña bodega donde el padre va en las tardes a hacer ricos vinos de frutas. El niño gustaba de asomarse por las hendijas del granero para ver los toneles de madera de donde el padre sacaba esa combinación de botellas, que luego el polvo cubriría por días y años para el buen gustillo del paladar. A veces observaba al padre sacando de los barriles una sogá con esas botellas y parecía que tenían más valor, porque él las servía en unas copas y, con detenimiento, las saboreaba. El chico veía el deleite en la cara de su padre. En el granero las botellas se acondicionaban en estibas con números y letras que el niño no entendía, por eso, invitó a Alfonso a cierta travesura que le mostró lo difícil de ser adulto y saber discernir entre el bien y el mal. Los chicos abrieron un barril, halaron la sogá, sacaron la botella, descubrieron que tenía un sabor dulce, parecido al néctar de las uvas maduras que comen del huerto, pero con algún gusto picante que ardía en la garganta y les provocó un enorme vértigo, luego sueño y comprendieron que ese no era un refresco para niños. Ahora sí estaban seguros que, si su padre les decía, “las cosas de los mayores son para los mayores”, es por algo. El castigo duró varios días, arro-

dillado sobre una tapa<sup>4</sup> a la hora del desayuno, pero aprendió que, en algún momento, cuando la edad de adulto le llegue, él también poseería un granero lleno de barriles y pasaría las tardes del domingo catando el vino con los amigos, como lo hacen los compadres de papá: el tabernero que viene a comprar las botellas, el abuelo que bebe varios vasos y termina en la terraza entonando tonadillas, para en último acto quedarse roncando en los sillones.

A mi abuelo cuando era chico, lo que más le gustaba era jugar con un reguilete<sup>5</sup> durante varias horas. Mi abuelo, con el primo Adolfo, subían al pico para poner el reguilete frente al aire y disfrutar de cómo daba vueltas y vueltas. De mano en mano lo pasaban una y otra vez, buscando los lugares más altos para ponerlo frente al aire.

Otro de los juegos del pequeño era amarrar dos trozos de madera que imitaban a una pareja de bueyes, con otro cruzado sobre estos y atado por una soguilla. Luego los arrastraba hasta dejar la marca de un surco, como el arado sobre la tierra. Cada uno de los primos venía con su pareja de bueyes de madera para hacer una competencia dejando así su marca. Ganaría quién más rápido y derecho concibiera su canalillo. Mi abuelo siempre perdía pues era el más pequeñín de los niños y sus “bueyes” casi nunca los enlazaba parejos, por lo que perdía el tiempo en volver a empatarlos<sup>6</sup>. A veces, los niños imitaban un día de trabajo, ponían las colleras de “bueyes” a comer pasto, mientras ellos comían frutas y alardeaban de los precios del mercado y, las pesetas que canjeaban, eran pequeñas piedras. Los días aquellos eran ingenuos y felices, donde se ignoraban los futuros días de hambre, sequía y pobreza que les aguardaban.

El sol fustiga los campos deforestados, el joven no querrá saber de los higos secos y las aceitunas que no dan aceite, querrá escaparse en las tardes a los pocos reflejos silvestres de los negrales y, a veces, rezará sus oraciones bajo los abetos.

Mi abuelo, en el pasado joven, miraba alrededor, veía las más de diez especies de verdaderos abetos, que ampliamente se distribuían por todo el terreno. El abeto blanco, que más abundaba en la pequeña hacienda, alcanza casi los veinte metros de altura y forma grandes ramas que se curvaban hacia arriba por los extremos. Las hojas son de color verde oscuro por el haz, con dos líneas blancas por el envés. A mi abuelo le gustaba sentarse debajo de los abetos y desde ahí, mirar hacia arriba, ver su color plateado combinar con el tamaño de los pinsapos, esa variedad que crece en la serranía y que muchos pobladores cultivan para aprovecharlo luego en madera para listones y travie-

<sup>4</sup> Probablemente la autora se refiera a una manta o colcha. (N.E.).

<sup>5</sup> También conocido como molinillo es un juego típico de muchos países, formado de una rueda con hélices de colores, pegada a un palito, que por juego los niños lo hacen girar contra el viento. (N.E.).

<sup>6</sup> Unirlos. (N.E.).

sas para sus hogares. A los aldeanos también les gusta tallar el roble, fuerte para las cercas y establos.

A veces, iba con el primo al Lago de Sanabria, caminaban varias horas por ese relieve abrupto, disfrutaban del clima frío y húmedo. Ellos tres hacían grandes recorridos por la inhóspita e infértil Carballeda. Envidiaba aquellos cuentos de los buenos pastos del ganado vacuno y cerdos, junto con los grandes tejidos de lana que hacían sus vecinos. Viajaban a Sayago; a veces a Tierra del Pan y Tierra de Campos. Disfrutaban del paisaje de esa llanura desarbolada, con cultivos de cereal y ganadería, pero los viajes que más disfrutaba eran los que realizaban a Tierra del Vino y la Guareña<sup>7</sup>.

El joven en sus horas de descanso, sentado bajo los abetos, veía el campo e imaginaba la historia de sus ancestros, se imaginaba entremezclado con los astures, comportándose servil esclavo ante el dominio de los romanos y luego sublevarse hasta lograr la prosperidad de los habitantes de la región de Lusitania. En algunos momentos, revivía el aventurero paso de los visigodos y musulmanes<sup>8</sup>. Toda su mente soñaba.

Por la pantalla del cine de Valladolid, aparece un terreno amplio, la llanura, es una gran toma, de un lado tropas romanas, del otro esclavos españoles. El enfrentamiento veloz deja unidos en un campo de batalla, cuerpos humildes y de nobleza; la sangre que cae del soldado romano y del labriego se unen en la tierra. La cámara sigue el hilo de la sangre y el color rojo cambia por uno azul que ya es un río. Así recorreremos paisajes de Zamora, aparecen por la pantalla nuevos trajes y poblados, un viaje rápido por la historia, imágenes de ilustres conquistadores.

La voz en off de la nieta narra, “mi abuelo entendió muy bien por qué Alfonso I, el Católico, emprendió la reconquista de estas tierras donde se enfrentarían musulmanes y cristianos. Todavía recuerda algunos cantos del Cid, de Alfonso III el Magno, Alfonso IV, doña Urraca y Sancho II el Fuerte. Cuando el Cid andaba por yermos y poblados con todo un pueblo junto a él hasta que tenga aliento, hombres a mulas mal vestidos y casi sin dinero pero leales a él”.

En las imágenes, aparecen los viajeros acompañando al Cid por un desierto, en un primer plano, vemos al Cid mirando la tierra española; en la mirada triste que cubre sus ojos está el dolor del destierro, las tribulaciones ante el desamparo. El canto del Cid abriga todos los oídos del auditorio. “¡Loado sea Dios! A esto me reduce la maldad de mis enemigos”. Y esa esperanza, ese himno... “¡Albricias, Álvar Fáñez; nos han desterrado, pero hemos de tornar con honra a Castilla!”.

<sup>7</sup> La autora cita diversas comarcas zamoranas. (N.E.).

<sup>8</sup> Los astures era un pueblo prerromano que ocupó estas tierras. La Lusitania era una de las provincias romanas de Hispania, aunque Sanabria perteneció a la Hispania Tarracense. (N.E.).

En el video, el joven que refleja a mi abuelo echa un vistazo a todo el valle. Distingue a lo lejos algunas cruces de madera que señalan las tumbas, que hacen recordar la epidemia de la Peste Negra que llegó a esta tierra para hostigarla en 1348 y, otra vez, la embestiría con un nuevo brote a finales de ese siglo. Toda la tierra de Zamora vio asolado su emporio, empequeñeció las poblaciones y se achicaron las familias que vieron imposible huir del contagio.

En pantalla aparecen los pobladores de Zamora dejando en abandono sus casas, parten en carretas. Al partir, cada zamorano llevaba consigo el éxodo de los apellidos que huían de la muerte, buscando rumbo hacia otras regiones de la península, en particular al sur. Pero huir de la muerte, no te hace huir del recuerdo y mucho menos dejar entre renglones por qué liasteis los bártulos.

Raymundo sabía que en su sangre había casta de soldados. Su bisabuelo estampó una tierra con el apellido de soldado en la guerra de los comuneros de la provincia; corría el 1520 y bajo la lección del obispo Antonio Osorio de Acuña se sublevaron cientos de comuneros en la provincia. Eran heroicos tiempos medievales, llenos de moral y aventura, en los que el apellido Morán, nacía para seguir hasta estos días de hoy en que, bajo la sombra de los abetos, sueña con los tiempos en que el hombre salía con fe a luchar por todo un país.

En la sala del cine de Valladolid aparece una imagen del monasterio de Santo Domingo de Silos. La cámara recorre los capiteles de las columnas, donde se visualizan las decoraciones de animales fantásticos, los pilares angulares y las pilastras. Comienza entonces la música, el canto gregoriano de los monjes, las voces van *in crescendo*; al final, bajo la escultura de Cristo, un hombre arrodillado ora. “Padre Nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...!”. La voz de la muchacha se escucha en *off*. “Ese era mi abuelo. La presencia de su madre, la religiosidad del pueblo y la familia, lo habían llevado a reconocer la religión. Estudiaba para cura las muchas horas que pasaba con la imagen de Cristo, los panes y los peces que debía hacer crecer pero el milagro no llegaba.

Eran tiempo difíciles en la hacienda de los Mateos. El tío Jonás había regresado de la guerra hispana, costaba mucho hacerlo hablar de allá, de Cuba.

En la pantalla aparece un diapofonograma con fotos de la época, escuadras de españoles en los fortines, trabajadores en la construcción del ferrocarril, cuarteles, fotos de la reconcentración<sup>9</sup> y de soldados muertos en combate.

Mi abuelo recuerda los pocos cuentos que escuchó del tío que llegó con una tristeza en el rostro que lo acompañó hasta la muerte. Los chicos los vieron tomar un día el traje y la pistola, envolverlo en la manta, con una azada abrió una cárcava en el patio y allí los enterró, pretendiendo así, enterrar sus días de miedo en la manigua. Quería enterrar el recuerdo de las noches caluro-

<sup>9</sup> La autora del relato se refiere a los campos de concentración que construyeron las autoridades españolas en la isla de Cuba durante la Guerra de los Diez Años. (N.E.).

sas, los mosquitos, esos bichos que invadían sus ropas y no le dejaban dormir. Algunos correligionarios habían sufrido fiebres, en ocasiones, bebieron agua fermentada cerca de los pantanos y los cocodrilos sorprendieron las piernas de algunos que regresaron con una medalla eterna por la conquista de esa tierra.

A veces, dice mi abuelo, lo vio reír en sus meditaciones. Él cree que era por esas cosas seductoras que contaba sobre las mujeres, descendientes de indias. Tenían un color negro brillante que daba una extraña combinación sobre los vestidos de hilo blanco, que acentuaban las voluminosas formas de sus caderas. También contaba que cocinaban muy sabroso las criollas. De su cocina, probó el cerdo asado en púa<sup>10</sup> y algunos animales que sólo comían los moradores de los campos de Cuba, como la jutía conga y el majá<sup>11</sup>. Del mismo modo rompió el cuerpo ovalado de los cangrejos comestibles cuando estuvo en las postas de las costas del sur. Los pobladores traían unas frescas rodajas de peces sierras. Pero la tropa vivió periodos de hambre pues los insurrectos no dejaban que las provisiones llegaran al cuartel o zona donde estaban emplazados. Durante las noches, en las postas, pasaban largas horas acordándose de España, de la tibia cobija de la casa, del queso de leche de cabra, de la tocinería y de los buenos vinos del más veterano de los Mateos.

En los tiempos en que pasó la constitución, fueron muy apremiantes las necesidades del momento, por ello, se potenció el papel de la Corona y la confesionalidad del Estado, al tiempo que se establecía un limitado sumario de derechos y libertades. Mientras tanto, la Corona se reservaba extensos privilegios a merced del control del poder, caracterizado por el bipartidismo de inspiración británica, donde los conservadores y los liberales se turnaban en el poder. Los gobernantes de la oligarquía caciquil, víctimas de ambiciones, codicias y disputas domésticas, fomentaron un viciado aunque eficaz diseño político.

Fue durante la crisis de 1917, donde una compleja revolución militar, burguesa y proletaria estuvo a punto de hacer saltar por los aires la monarquía alfonsina. Concluyó con la cesión del poder civil ante las imposiciones militares y condujo a una indetenible (*sic*) militarización de la vida pública, con la claudicación vergonzante del poder civil. Mi abuelo evadiría su misión de convertirse en sacerdote, pues estudiaba para cura en una escuela religiosa de Zamora y también desertaría del compromiso de convertirse en militar, de estar en parapetos y fortines o de enfrentarse a una religiosidad de la cual no estaba consagrado, hasta hacerla suya. Raymundo pretendía vivir, por eso, decidió convertirse en emigrante.

<sup>10</sup> Se trata de una tradición criolla en Palma Soriano y otras zonas del oriente cubano, en la que el cerdo se prepara asado al fuego, mientras se le va dando vueltas al palo en el que va atravesado. (N.E.).

<sup>11</sup> Roedores, el primero endémico de Cuba, el segundo, también conocido como picuro, es propio de Sudamérica. (N.E.).

Para emigrar el hombre debe pasar por un camino largo. El joven va en una carreta por el norte de León, atraviesa Palencia y Burgos, vadeando la vertiente meridional de la península.

Los muchachos partieron rumbo a ese país que describió Jonás, esa isla que aún mostraba sueños y posibilidades para ellos. Atravesaron Valladolid, Benavente, Astorga, Arandojo, Feira do Monte, Lugo, Teixeira, Oleiros, Buño hasta llegar a A Coruña y tomar un vapor que los trajo hasta Cuba<sup>12</sup>.

Cuando iban en el barco, el primo Isidro dijo, cónsul heredada tacañería (*sic*), “primos si me da un contagio o me muero os pido que me tiréis al mar con las botas puestas, no le dejéis a nadie quitarme las botas”. Ya sabíamos que los duros estaban guardados en sus botas.

En el bajel vieron por primera vez el profundo oscuro del mar. Los primos venían de una ciudad sin costa. Los baños para refrescar el calor eran en los ríos de aguas templadas, algo frías frente a estas olas que chocaban con sus rostros y dejaban rastros de sal caliente en algunos momentos de movimiento del barco. La amplia extensión de mar alrededor de todo, les daba la sensación de que iban a caer y vomitaron, igual que vomitaban cuando se excedían en vino. Los numerosos días en barco eran agotadores. Llegaron al puerto de Santiago de Cuba con hambre, hediondez en su ropa de veintidós días de viaje sin recurrir al baño en algunas jornadas.

Pisar tierra nueva era el deseo. Con nerviosismo mi abuelo saltó al muelle. En el impulso sintió frío y una sensación extraña que pudo haber sido el estar en tierra firme, pero también era el miedo ante lo ignorado, ante lo que debería acometer, algo inexplorado y aventurero que comenzaría con este pistoletón (*sic*) en el muelle. Recorrió lentamente el puerto, numerosos marineros paseaban por las escolleras y en la plaza, nutridos grupos pregonaban sus mercancías y casi detenían el paso de los tíos. Mujeres y hombres en sus mostradores exponiendo su excelente oferta; cestas de frutas, verduras, carnes y pernils enganchados. Ante tantos productos se sintieron atraídos por los grandes racimos de bananos que exhibían el amarillo perfecto de la madurez. “Dénos un duro de bananos” dijeron ante el comerciante que tenía una carreta llena de frutos, para su sorpresa el vendedor les llenó una saca de platanitos, pues no sabían que por un duro ofrecieran tanta mercancía. Ese fue el primero de los muchos días que abrirían y cerrarían el paso de mi abuelo por Cuba.

La puerta a Cuba fue la antesala para un tiempo de peregrinaje buscando trabajo y propuestas aceptables. Los primos fueron directos a la ciudad de Ciego de Ávila, donde habitaban gran número de españoles y algunos zamoranos. Lo primero que hicieron fue buscar al tío abuelo Don Juan Mateo que tenía negocios

<sup>12</sup> Los recorridos que señala, tanto en el párrafo anterior como en el presente, no son sino imaginarios. (N.E.).

de tenería. A pesar de que el negocio de las monturas de piel y arreos de caballos era próspero, a Don Juan le costaba mucho insertar a los sobrinos en su ganancia y dividendos, por lo que días de escasez y carestía rondaban de cerca a los primos, que no pretendieron avisar a la familia sobre su situación, pues la hermana, rezaba allá en Morales de Valverde porque le fuera bien a los muchachos.

Al no recibir la ayuda que deseaban, se decidieron a realizar labores de agricultura y comenzaron a conocer la caña. Trabajaron en los ingenios azucareros de Morón y Patria, donde se sumaron a las jornadas de corte de caña. Muchas veces tras el corte, mordían el tallo y cataban el dulce que contiene entre nudos y nudos. Bajo el sol, con una mocha afilada, cortaban tajos de cañas que muchas veces alcanzaban entre tres y seis metros. Aprendieron así el cultivo de esta planta que no conocían en España, nada más que por la compra de azúcar en el mercado.

Por la cantidad que cortaban recibirían el pago con el que ayudarían a la familia e intentarían sacar sus vidas a flote. Mi abuelo sufrió algunas cortadas con los machetes, la hoja de caña marcaba su cara, esa cara fina y alargada llena de la mansedumbre de un eclesiástico. La suavidad de sus manos, preparadas para los libros de oración, fue cambiando al tacto de la hoja de la caña. Cambió la blancura de las hojas de papel por un verde cortante que le rasgaba la piel y cada día dejaba marcas como un calendario vivo que recuerda su oficio. Así vivió sus días de tiempo de cosecha, el resto era el mal llamado “tiempo muerto”, donde buscaban otras fuentes de empleo. Trabajó en una herrería y con sus primos decidió seguir las ilusiones de un compadre, que lo invitó a ir a Camagüey, donde primero, el primo Blanco compró unas tierras pegadas a la línea férrea por donde acarreaban la caña y así comenzaron dedicándose a ésta, en la ciudad de Florida, en Camagüey. En la tierra del primo comenzó mi abuelo a pensar en una familia.

La felicidad es una frase que escapa de los hombros del obrero. La imagen en la pantalla del cine refleja una casa de paredes hechas de tablas de palmas y un techo de guano, unos chicos sin zapatos, vestidos con unas batas largas de mangas cortas, corretean entre las vacas, pasan por los naranjales, llenan una pequeña cesta con naranjas chinas, llegan hasta la cerca de piña ratón<sup>13</sup> y toman los huevos. Luego, de regreso a casa, pasan por el trillo bajo las guayabas, dan un vistazo a las matas de guayabas pero las frutas aún están muy tiernas. Uno de los chicos adivina el hambre de sus hermanos y pela con las manos una naranja que comparte con sus parientes, luego, a la sombra del guayabo juegan a simular historias de sus fábulas. Todos los presentes en la sala cinematográfica siguen con curiosidad la imagen de los chicos en aquel

<sup>13</sup> También llamada maya o pina de cerca, esta planta originaria del Caribe es utilizada para formar setos vivos en patios y fincas. (N.E.).

seductor y sencillo campo cubano de 1941. El chico del medio, Gerardiño, cuenta: “Entre montes, por áspero camino, tropezando con una y otra peña”. El menor de los chicos, Sergio, imita a un leñador con su carga al hombro: “iba un viejo cargado con su leña, maldiciendo su mísero destino”. El chico se tira sobre el pasto... “al fin cayó, y viéndose de suerte, que apenas levantarse ya podía, llamaba con colérica porfía, una, dos y tres veces a la muerte”.

El otro hermano, Eleuterio, se acerca con una rama de guayabo imitando la guadaña que porta la muerte: “Armada de guadaña, en esqueleto, la parca se le ofrece en aquel punto; pero el viejo, temiendo ser difunto, lleno más de terror que de respeto, trémulo le decía y balbuciente”, un hermano frente a otro entablan diálogo... “Yo señora... os llamé desesperado”. “Pero..., acaba, ¿qué quieres desdichado?”. “Que me cargues la leña solamente”. Y Sergio pone sobre su hermano la cesta con naranjas y parten a la casa con sus pequeñas cargas y alegría.

La voz en off de la chica que cuenta la historia dice, “en la niñez vemos a la muerte como una viejecilla cercana a las abuelas, e ignoramos que el juego puede estar rondando la casa para cortarnos de una vez para siempre la infancia”.

A mi abuelo le gustaba jugar con la palabra, con acertijos que un día dejó como legado a mi tío Gerardo, que gracias a la sabiduría de Dios y el tiempo, mi padre, Sergio, un día lo trasladó hasta a mí para que me decidiera a contar, entre cosas de frontera, familias y memorias, la franca historia de los Mateos.

En la pantalla del cine aparece ahora una joven sentada en el malecón habanero escribiendo en una libreta. “¿Cómo contar la historia de hombres humildes, sin más ambición que un pedazo de tierra para sembrar un cerro para el hambre, hombres que buscan una pequeña hortaliza donde hacer brotar pequeñas uvas que germinarán sin el dulzor de las de su tierra, pero que al morderlas concebirán rostros, paisajes de un tiempo que tuvieron que abandonar”.

Mi abuelo seguiría haciendo vinos, brindaría por los muertos y cantaría tonadillas para un público fantasma. Como ya conté antes, mi abuelo y los primos intentaron asentarse en la ciudad de Camagüey. El tío Blanco consiguió una tierra a buen precio cercana a la línea del ferrocarril. Los primos decidieron ayudarlo a levantar la finca, mientras buscaban alguna oportunidad y entendieron que era prudente sentar ancla y armar, más que una vara en tierra para tiempo de tormenta, una casa para tiempo eterno.

El tío Blanco enamoraba a Inesita, amoldó el sillón de la casa de los padrones, se casó con ella, lozana y fornida criolla, hija de españoles. Ahí, en el poblado de San Fernando, hoy llamado los Basanes, las fincas eran cercanas y era costumbre visitarse diariamente. Mi abuelo siempre acompañaba al tío Blanco en sus negocios y sus farras. Así conoció a la prima de Inesita, una joven sensible que vivía con sus padres, Don Eliécer Vega y Doña Leocadia

Placeres, nombre que acreditaba a una familia decente. Flor María conquistó los sueños del abuelo, que casi eran escasos para su juventud. El amor floreció igual que la primavera y los jóvenes quisieron casarse, por eso, Doña Leocadia, avizorando los días de amor que merecía y previendo un futuro para su hija, cedió un pedazo de los terrenos de su propiedad a mi abuelo para que construyeran una casa e hicieran próspera la tierra. Así vivirían los jóvenes bajo el beneplácito de los viejos. Los primos que en la niñez correteaban juntos cerca de los higos y, en una aventura, emigraron un día de España, formarían en un pedazo de tierra cubana, la heredad de los Mateos.

Debo decir que la familia del primo Blanco conoció el folclore y las costumbres de los africanos que trabajaban en la caña y con ellos la esposa aprendió a leer tras tirar los caracoles, cosa de la cual, el primo siempre estuvo alejado.

Pero regresando a mi abuelo, la tierra traspasada por los suegros era próspera y recordaba mucho a aquella España donde dejaron la hermana y la casa, porque ésta también estaba cerca de un río y tenía árboles frondosos y campos llanos donde arar con un par de bueyes. Entre frutales, mi abuelo hizo la primera casa de la familia Mateos en Cuba. En el poblado de los Bazanes, San Fernando, Florida, en la región de Camagüey, tumbó mi abuelo con sus primos, varias palmas que limpiaron y secaron. Con ellas asentaron las paredes, con las hojas techaron la casa, hicieron una gran cocina, una sala y un cuarto grande donde dormirían los viejos y los hijos que vinieran. También contaban con un cuarto chico que, por el momento, guardaba los vinos y otras cosas. Luego construirían un pequeño granero, pues mi abuelo se dedicaría a comercializar maíz y también armaron un corral para los bueyes. Era la primera vez que Raymundo Mateos se enfrentaba a sostener una familia. Veía con expectación esos frutales frondosos, en los terrenos cosechó mangos de distintas clases como Serra, Filipino, Toledo..., muy sabrosos los chiquititos y los biscochuelos (*sic*) y por supuesto no podía faltar la manga pelua<sup>14</sup> que era el deleite de los niños, que se embarraban con chupetear el jugo. Dedicaron algunos suelos a cultivar guayaba cotorrera y del Perú.

Después de arar la tierra con ese par de bueyes que lo acompañaron durante muchos años, se acostaba en una hamaca bajo la sombra de los mamoncillos<sup>15</sup>, para reposar el almuerzo y reintegrarse al surco de maíz. También tenía unas quince matas de aguacate Wilson cuellilargo y, de injerto, variedades criollas como el Catalina.

<sup>14</sup> Fruta tropical. (N.E.).

<sup>15</sup> Árbol frutal, natural de las regiones tropicales de América, apreciado por sus frutos comestibles de agradable sabor. (N.E.)

La mayor entrada de dinero la recibía por la producción de naranja. Recolectaban una naranja china especial que era muy roja por dentro y de cáscara suave. Mi propio abuelo injertaba y sacaba variedades y esa era una variedad que todos le pedían y hasta le solicitaron semillas para tratar de sembrarlas en algunas zonas, pero como él decía: “todo fruto para nacer dependerá de la mano que lo siembre, de la tierra que lo acoja y de la fe con que Dios le pidamos permiso para la siembra”. Se dice que esas semillas las consiguió tras un canje con un viejo chino verdulero, al que le vendía frescas mazorcas de maíz y frutas frescas. El verdulero le explicó el mejor modo de injertar y sembrar y el tiempo en que esta siembra era bueno para una real germinación.

Las naranjas eran algo especial, no sólo la fruta que más vendíamos y por la que reconocían a la finca, sino que de ahí, mi abuelo hacía esos vinos gustosos que compartía con los amigos y con la familia. Los fermentaba, sobre todo los de la cajel<sup>16</sup>, los hacía en casa en una pipa o bidones de cedro, donde añejaba los vinos de naranja y guayaba que luego bebía con gusto y placer y que repartía para el deleite de las conversaciones de los compadres. Él jamás vendió vino y decía que “el vino es como el buen amigo, que no se vende porque se corrompe cuando sale de un envase natural”.

Tras la jornada de cosecha, salía a caballo a la caída de la tarde y aprovechando la sombra, ponía sobre el lomillo del caballo un serón de tejido guano<sup>17</sup> y llegaba al pueblo con la carga de maíz o frutas que vendía a los comerciantes, quienes más tarde, la revendían en sus negocios. Unos de los cítricos que cultivaban para el consumo eran el limón y la lima y la cosecha de la piña que consumíamos en jugos, frutas y dulces, porque no podía competir con la piña que llevaban de los cultivos de las zonas de Ciego de Ávila. Los ingresos mayores los consiguió con esas apetitosas naranjas y grandes aguacates. Recibía beneficio por la comercialización del tomate, ají, maíz... pero, a pesar de todo, mi abuelo no olvidó los tiempos de cosecha en Morón y aceptaba trabajar en el corto periodo de cosecha para los ingenios de Céspedes y Florida, participando en la limpia de la caña, labor que heredó mi tío Eleuterio, el mayor de los hijos, y que tuvo la valentía de cuidar por mucho tiempo la tierra, la casa de palma y hasta la criolla guarapera<sup>18</sup>, donde los niños venían a exprimir la caña y tomar el fresco guarapo<sup>19</sup>.

El tiempo de los frutos nunca será como el de los hombres y el tiempo de la pareja no duró para ver crecer a los hijos y los frutos. La joven Flor María

<sup>16</sup> Variedad de naranja producida por el injerto del naranjo dulce sobre el agrio. (N.E.).

<sup>17</sup> La autora del relato hace referencia a la palma nativa de tronco alto y redondo, sin ramas, con hojas en forma de abanico trabajada artesanalmente hasta elaborar un tejido. (N.E.).

<sup>18</sup> Local donde venden guarapo. (N.E.).

<sup>19</sup> Bebida refrescante procedente de la caña de azúcar. (N.E.).

muere de apéndice (*sic*) con sólo 33 años de edad, a tan sólo 6 meses del parto de su último hijo, Ramón. Los niños no entendían la partida de su madre. Murió en la ciudad de Camagüey y no conocieron en qué lugar la enterraron. Queda así Raymundo solo, en una tierra que lo acogió y donde echó sus raíces. Ya no hay tiempo para cambiar el destino, cuatro niños esperan en la mesa de la casa y debe preparar la cena. Las madrinas lloran mientras disponen en la cocina. Mi abuelo sale al patio, coge una gallina y la mata dándole un retorcijón (*sic*) al cuello. “Hagan sopa para que los muchachos coman caliente, que no sientan el frío si le falta la madre esta noche”. Sobre las cebollas que pican para echar a la sopa, cae una lágrima de la madrina. El abuelo enciende un tabaco, sale al portal y piensa: “los hombres pueden llorar cuando no hay respuesta, cuando algo se rompe para siempre y te golpea como una bofetada transparente que Dios te da”, reflexiona mi abuelo en la sala, mira el retrato del corazón de Cristo que está en la pared y pregunta en silencio: “¿todo esto es porque huí de ti, mi Dios?, ¿es porque abandoné tu puerta cuando debí hacerme beato y vine para Cuba buscando dinero para mi familia y para hacer mi propia familia?, ¡Dios mío!”. Luego va al granero a buscar viandas y maíz y algunos ajés y cebollas; revisa el caldero, quita la tapa, ya la gallina estaba blanda y en el caldo asomaba la grasa. Cuando deja a la madrina cocinando y va a la sala, en el sofá están los niños que no saben por qué están sin jugar, como de castigo. Le pasa la mano por sus cabezas... “¡Pero es tan lindo crear lo mío!, en una iglesia, todos los hijos de la tierra serían mis hijos, pero mis hijos salieron de mí... ¿Eso es tan malo, Señor mío,... si tú me hiciste merecer tu bondad cuatro veces?”. El abuelo mira el cuadro otra vez y reza... “Padre nuestro que estás en los cielos...”. Ya en la cocina se preparan los platos. Los niños siguen sin saber por qué mamá no está y papá llora, las madrinas caminan de aquí para allá... “... santificado sea tu nombre...”. Hoy comerán el caldo caliente y el pedazo de pan, luego, los acostará a dormir y les leerá una fábula. Ellos preguntarán por la mamá. “Miren por la ventana”, dirá él, “¿ven el cielo allá arriba?, ella está allí, hablen con ella”.

Después de eso quedará con la custodia de sus cuatro hijos chiquitos, uno de ellos de apenas seis meses de nacido. Tendrá que dárselo a la madrina para que le dé de lactar y lo cuide. Él solo no sabe criar a un niño tan pequeño.

El abuelo se quedó con tres de los pequeños, aprovechaba las noches cerca del quinqué y les enseñaba sus frases, “la sabiduría hace al hombre más hombre y a Dios más poderoso”. Les impartía educación, a mi papá y a los tíos. Se preocupó mucho porque estudiaran y aunque era insuficiente la educación, los llevó a la escuela rural, donde los niños estudiaban hasta el quinto grado. Les enseñaba cosas educativas, trataba de enseñarles cultura. Un día vino del pueblo con un libro de fábulas de Félix María de Samaniego, fabulista ilustrado español. Las fábulas morales los instruían con una semejanza a las de Esopo,

fabulista griego. También les compró las fábulas de Tomás de Iriarte que les resultaron más fáciles de aprender y descifrar porque tenían menos grandilocuencia pomposa que las de Samaniego, cuyo lenguaje era más rebuscado.

Los niños hacían maldades y jugaban, les gustaba el dulce, pero la vida en la casa era algo amargada y el abuelo hacía pocos dulces, por eso, llenaban de piedrecillas pequeñas los cartuchos que cambiaban al bodeguero por unos dulces y caramelos. Año tras año, fueron creciendo los chicos. Correteaban tras las gallinas, fregaban en días alternos, lavaban sus ropas y también aprendían a cocinar.

Al cabo de cinco años se volvió a casar y la nueva esposa, Victoria Quintana, de nacionalidad canaria<sup>20</sup>, de Santa Cruz de Tenerife, acogió a los niños con cuidado, junto a sus dos hijos, ya mayores, y lo acompañó hasta que el abuelo falleció de cáncer de hígado tras un tiempo duro y muchas penurias. Los hijos le vieron sufrir, golpearse una y otra vez el vientre implorando que le ayudaran a suicidarse, pero gracias a su tiempo de enseñanza, sus hijos no cedieron a complacerle. Eran tiempos difíciles de pobreza y la salud pública costaba mucho. Murió con la joven edad de 48 años el día 26 de junio de 1948.

Los hijos quedaron completamente solos, con una casa de guano y tablas de palma, una pequeña finca con frutos y maíz para mantener a los jóvenes que ya comenzaban, al igual que el abuelo, a pedir a Dios que les permitiera crear familia, iniciar una vida con sus propios pasos. El mayor de los hijos se casó y heredó a voluntad de todos la casa y la finca. Los otros continuaron el peregrinar de los Mateos, desgarraron la raíz, partieron en busca de otra ciudad, otro destino, como un emigrante que 50 años atrás cambió de costa junto a sus primos y huyó de un mundo en crisis en la España. Ellos emigraron en su propio país en ciudades diferentes, buscando una moneda más para cambiar la suerte en sentidos diferentes.

La heredad no sólo es la tierra que se perdió tras las leyes agrarias de propiedad, la heredad son las cejas de mi padre y de mi hermana, iguales a las de mi abuelo. Son los cuerpos con extremidades largas, secos muslos sin nalgas que mostrar, es esta voz que jamás conoció al abuelo, pero que igual, cuando hablo o leo los poemas que escribo, alguien comenta, “ahí está leyendo la española”.

La voz de la muchacha se escucha en los altavoces del cine de Valladolid, en la pantalla aparece la joven escribiendo sobre las grandes piedras del antiguo pórtico de la morada del abuelo. Termina las últimas notas en la libreta, repasa con la mirada los restos de la casa, se levanta lentamente, deja el diario en el umbral donde otrora estuviera la casa de los predecesores de los Mateos. Sale por el trillo hasta el carro.

<sup>20</sup> De origen canario. (N.E.).

Ni mi abuelo Raymundo ni Flor María jamás conocerían el destino de sus hijos y nietos, ni que este apellido hoy retornara a España con un boleto de viaje y un pasaporte.

La chica camina hasta los higos, están verdes. Toma un pedazo de la arenosa tierra y piensa... “¿cuánto de todo te llevaste para Cuba abuelo?, ¿cuánto de allá traeremos para recordar también de dónde somos?, ¿acaso es un juego de Dios este repatriarse constantemente?, ¿a qué lugar irán mis hijos si no les sujetamos a un sitio la raíz?”.

Para estar en este sitio un tiempo debió de pasar a otro. Una casa y unas fotos de unas manos a otras. Los tíos escaparon también de su espacio. Gerardiño (el mismo que al inicio contaba fábulas) fue maestro y bohemio con esas chispas de intelectualidad y bebida marcando su signo. El mayor, Eleuterio, heredó el sudor sobre la tierra, por eso, con arado y bueyes, intentó hacer progresar la tierra hasta que sus hijos y las leyes lo alejaron de ésta. Mi padre, Sergio, entre oficinas y revoluciones, conocería políticas que lo distanciarían cada vez más de España, transitando por los campos en un jipe<sup>21</sup> viejo, alfabetizaría creyendo llevar las fábulas a los niños, heredando la oralidad de mi abuelo, me leería cuentos, llevándome así al arte de contar historias, a esta escritura que nunca hubiera podido escribir si no rompemos todos los hechizos impuestos por el hombre y revertimos la memoria.

Años más tarde, el futuro permitiría que mi hermana Mara, ahora convertida en emigrante cubana y enlazada también por las nostalgias, decidiera reconocer la estirpe que nos precedió y por eso, dispusiera viajar a ese poblado de Morales de Valverde, Zamora, y retornara al sitio donde los higos aún permanecen vivos entre los hierbazales. En la arruinada casa familiar regresará el apellido otra vez al sitio del nacimiento.

“Estamos demasiado lejos y demasiado cerca para entender por qué existen las distancias, esos trayectos que nos hacen renunciar a un sitio para ampararnos en otros, que amén de lo ajeno, nos sujetan para siempre”. La voz en off acompaña a las imágenes que aparecen en la pantalla de la sala. Los colores exhiben las piernas de la muchacha caminando entre la árida tierra. La toma de la cámara se va alejando a un plano general donde se ve la desolación y una casa en ruinas. La muchacha sube al carro y comienza el recorrido a mediana velocidad. Por la ventanilla tira unas semillas de higos. El polvo que deja el carro las cubre y la imagen regresa a la casa en ruinas. El viento mueve unas tablas que son arrastradas hasta caer al lado de las semillas; el polvo cubre todo. Empieza a llover y las gotas de lluvia cubren el cristal de la cámara nublando la pantalla.

En el cine de Valladolid el público aplaude. La emigración ha sido otra pieza para volver a jugar con la memoria.

<sup>21</sup> Jeep; por extensión automóvil todoterreno. (N.E.)

Agradezco a mi padre, Sergio Mateos y a mis tíos Eleuterio, Gerardo y también a Ramón, (aunque no esté) el más español, el “gallego”, que de no tener en la memoria la historia de una finca y de un tiempo en que no jugamos junto al río, jamás me hubieran nacido estas letras.



Los señores Leandro Vara y Gregoria Mateos, residentes en Morales de Valverde (Zamora).



Flor María Vega.



Los hermanos Mateos, hijos de Raymundo residentes en San Fernando (Florida, Cuba).



El señor Raymundo Mateos.



Certificado nacionalidad cubana.